

VER:

Unas veces más que otras, pero si nos detenemos a pensar, todos suspiramos. Lo importante no es el hecho en sí, sino lo que motiva ese suspiro: unas veces denota pena, otras satisfacción, otras deseo intenso de algo o alguien, otras veces añoranza de algo o alguien, otras veces cansancio, incluso hartazgo de una situación difícil... y lo cierto es que la mayoría de nuestros suspiros tienen más que ver con situaciones negativas que positivas.

JUZGAR:

La Palabra de Dios en este domingo nos muestra diferentes situaciones que hacen suspirar. En la 1ª lectura, el pueblo de Israel, que había sido llevado al exilio en Babilonia, suspiraba con nostalgia de su tierra. También nosotros, si estamos atravesando alguna situación difícil, suspiramos pensando en otros tiempos y deseáramos poder volver a ellos, o al menos, que termine lo que actualmente nos está haciendo padecer.

Y en el Evangelio hemos contemplado a Jesús que, ante el sordomudo, *mirando al cielo, suspiró*. Sería aventurado tratar de saber qué motivó el suspiro de Jesús, pero nosotros sí que sabemos por qué suspiramos cuando nos encontramos ante personas enfermas o discapacitadas: a veces, las menos, cuando el diagnóstico no es definitivo, suspiramos pensando que ojalá no sea grave, o haya cauces de curación; pero si la enfermedad es grave o terminal, o la discapacidad es grande, nuestro suspiro surge con mucha pena por su situación, por nuestra impotencia para poder ayudarles...

Pero ante esos suspiros humanos, lógicos y comprensibles, Dios sigue teniendo algo que decir. El profeta Isaías señala: *Decid a los cobardes de corazón: sed fuertes, no temáis*. Son palabras que quizá también nosotros hemos dicho o nos han dicho ante una situación difícil. Pero en el caso de Isaías, son más que unas palabras de ánimo, porque continúa: *Mirad a vuestro Dios*. Como creyentes, ante una situación dura y difícil, ya la estemos atravesando nosotros u otras personas, no nos debemos quedar en un simple ánimo humano: tenemos que dirigir, e invitar a dirigir, la mirada hacia Dios. Porque al igual que el profeta recordó a Israel que Dios no les había abandonado en el exilio, también debemos recordar y ayudar a recordar que Dios no nos abandona en ningún momento.

Y en el Evangelio, Jesús dice al sordomudo: *Effetá*. (*Esto es: «Ábrete»*). A través del signo de la curación física, Jesús nos invita a “abrirnos”, a ver más allá de lo inmediato, a “verle y oírle” a Él. Porque la enfermedad, la discapacidad, o cualquier situación que nos mantiene como “sordos y mudos”, no constituyen la totalidad de nuestra vida, ni supone su fin. Nuestra vida, nosotros, somos mucho más, y Jesús nos abre al horizonte infinito de Dios.

Y Jesús no se queda sólo en palabras, ha llevado a cabo una serie de gestos (*le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua*) que no son “magia”, sino que indican su cercanía personal, sin reparos, hacia el sordomudo. Y con esto nos está indicando a nosotros que nuestras palabras de fe tienen que ir acompañadas de gestos concretos, que expresen nuestra cercanía hacia quienes están sufriendo en su cuerpo o en su espíritu, sin hacer *acepción de personas*, como decía Santiago en la 2ª lectura, para que puedan experimentar la cercanía de Dios.

ACTUAR:

¿En qué ocasiones suspiro, qué los motiva principalmente, motivos alegres o motivos tristes? ¿Siento nostalgia de otros tiempos, quisiera verme libre de alguna situación difícil? ¿Cuál es mi reacción ante personas enfermas o discapacitadas, o ante mi propia enfermedad o discapacidad? ¿Sé orientar u orientarme hacia Dios en esas situaciones, cuido aún más la oración, la Eucaristía y la meditación de la Palabra? ¿Veo un horizonte abierto más allá del dolor? ¿Qué gestos concretos realizo para que quienes sufren en su cuerpo o espíritu puedan experimentar la cercanía de Dios?

Es muy humano suspirar, pero hoy la Palabra de Dios nos recuerda que esos suspiros no caen en el vacío. Aunque no nos faltan razones negativas para suspirar, miremos a Jesús, el rostro humano de Dios, y suspiremos también porque sentimos un deseo intenso de abrir a otros, y abrírnos nosotros mismos, para alcanzar ese horizonte infinito de vida que Él nos regala.